

CLAUDIA GILMAN, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Siglo XXI, Buenos Aires, 2003; 430 pp.

Por su importancia histórica, la literatura hispanoamericana producida en la década de los años sesenta ha merecido cada vez más la atención de la crítica. Además del reconocimiento que los novelistas latinoamericanos reciben de parte del público, en lo que se conoce como el “boom latinoamericano”, la década en cuestión se caracteriza por la vitalidad de las revistas literarias; por medio de su estudio es posible obtener un panorama detallado de los debates literarios y de la circulación de ideas en el continente. Esto es precisamente lo que esta investigación ensaya; toma como fuente primaria la red de revistas latinoamericanas para observar en ella los avatares de la cultura, y más propiamente, las peculiaridades del debate en torno a la relación entre ésta y la política. Se trata de una historia de la literatura, entendida en el marco más amplio de la historia de la cultura, que se centra en las diversas tensiones provocadas por las condiciones políticas y sociales de América Latina durante los años sesenta. Una de las hipótesis del ensayo es que la cultura no sólo depende del ambiente político sino que a su vez lo influye y determina. Para mostrarlo es preciso concebir a los escritores, a narradores de la talla de Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes y muchos otros, no sólo como generadores de un discurso estético sino como protagonistas en el ámbito de lo político. Este salto, aunque no exclusivo de la época y la región estudiadas, es el que se verifica cuando se deja de ser “escritor” para convertirse en “intelectual”. De hecho esta categoría de análisis borda sobre el concepto de “letrado” que Ángel Rama (en *La ciudad letrada*, Eds. del Norte, Hanover, 1984) y sobre todo Julio Ramos (en *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, F.C.E., México, 1989) usan para la literatura hispanoamericana de finales del siglo XIX y comienzos del XX. La premisa principal del estudio radica en la rápida y constante politización del ambiente cultural latinoamericano a partir del triunfo de la revolución cubana en 1959. Desde entonces comienzan a agudizarse varios procesos de transformación social, y en el plano político toma fuerza la idea de una inminente revolución. En este contexto el escritor se vio exigido a legitimar su existencia no ya por su tarea específica, la de escribir, sino por su posición política. Es entonces cuando, según explica Gilman, la historia literaria se conecta con la historia de los intelectuales, el devenir de lo literario se relaciona con la dimensión política de la actividad artística.

En el primer capítulo, la autora establece muy brevemente el contexto histórico de su estudio, en el que subraya el avance de las ideas políticas progresistas en el mundo entero, y en especial en América

Latina, y cómo estos acontecimientos influyen en la manera de ver el mundo durante una década larga o “época” que va desde comienzos de los años sesenta hasta mediados de los setenta. Lo más relevante de esta explicación es el hecho de que la “valorización de la política y la expectativa revolucionaria” se gestan en el llamado Tercer Mundo. Los intelectuales adquieren una mayor notoriedad pública, en tanto sector social. En el ámbito cultural, el hecho más importante es que la actividad artística, en general, y la literatura, en particular, se politizan y se transforman de acuerdo con el nuevo papel protagónico que los intelectuales desempeñan en el ámbito social. En el terreno literario latinoamericano, según observa la autora, pese a que dominan las ideas progresistas, hay un rechazo generalizado a las imposiciones emanadas del realismo socialista, aunque eso no impide la integración de los intelectuales en un colectivo que comienza a incomodar al poder; de hecho, Gilman cita el ensayo de Fuentes en el que habla de la “palabra enemiga” y que explica cómo la literatura, la novela, incomoda al poder, siempre y cuando anuncie “un acto real” o que rompa “el nuevo encantamiento del consumo”. Ideas como las de Fuentes subrayan la independencia de los intelectuales respecto del Estado y de ahí surge la posibilidad de que se asocien para oponer su voz a la de los poderes constituidos.

Uno de los gestos más significativos consiste en reunirse en torno a alguna revista de carácter político-cultural; en esos espacios, la literatura comienza a cobrar mayor importancia en la medida en que se ocupa, temática y formalmente, de los debates políticos en boga. La investigadora pone énfasis en el hecho de que las publicaciones literarias del continente no crecieron aisladas las unas de las otras, sino que desde un comienzo se conforma una “red de revistas” que refuerza la difusión de los mensajes del sector intelectual en el debate público. No puede pasarse por alto la cantidad de revistas surgidas (algunas de corta vida, es cierto) durante el período ni tampoco la importancia que tuvieron estas publicaciones en la difusión de una buena parte de los textos que luego serían considerados clásicos (como es el caso de los fragmentos de *Cien años de soledad* que se publicaron en algunas de ellas como adelanto). En esa red de revistas hay varias que, durante la época, tuvieron una mayor importancia (correlativa a la importancia del campo intelectual nacional del que surgieron): Gilman señala a *Siempre!* de México, *Primera Plana* de Argentina, *Marcha* de Uruguay y *Casa de las Américas* de Cuba. La asociación, el intercambio frecuente de materiales y la comunicación entre ellas acentuaban el carácter continental, “latinoamericano”, y por ello transnacional de la cultura; se favorecía, de manera generalizada, la innovación literaria, el contacto con literaturas de otros idiomas, la modernización de la escritura. En el caso de la revista cubana, el comité de redacción sirvió como punto de reunión de los intelectuales del continente; Gilman

recuerda que los nombres de Juan José Arreola, Antón Arrufat, Roque Dalton, Manuel Pedro González, Ernesto Sábato, Julio Cortázar, José María Arguedas, Emmanuel Carballo, Fuentes y Vargas Llosa (entre muchos otros) estuvieron ligados durante esa década a los órganos de dirección de *Casa de las Américas*. A partir de ahí, surge la noción de pertenencia a un continente más que a un país; la presencia de un grupo de “intelectuales latinoamericanos” se vuelve real en la medida en que éstos comparten un proyecto cultural y una base de ideales políticos. Las revistas también contribuyen a la creación de un público lector con inquietudes latinoamericanistas.

La red de revistas hizo factible también la creación paulatina de un canon literario; un proceso de consagración que se vio reforzado por el gran número de premios, reconocimientos y reseñas provenientes de Europa y Estados Unidos que merecieron autores como Vargas Llosa, Cortázar, Fuentes, Cabrera Infante o Rulfo. La sanción del canon, emanada de la aceptación del público, del número de ventas y de los premios recibidos en otros ámbitos, favoreció cada vez más la profesionalización del escritor que pudo, en algunos casos, llegar a vivir de sus ventas. Gilman explica luego cómo empieza a conformarse, ya en los hechos, una especie de asociación de intelectuales latinoamericanos por medio de una sucesión de reuniones y congresos (como los celebrados en Chile, Génova o La Habana).

Dada la paulatina dominación del discurso político sobre el resto de los discursos –el literario en primer lugar–, era hasta cierto punto natural que en las reuniones se ventilaran diversas cuestiones sobre la relación entre política y literatura. En concreto, explica la autora, se polemizaba en torno a la especificidad de la tarea intelectual en el contexto de las transformaciones sociales. Aunque no era un tema nuevo, cobró fuerza el debate sobre el “compromiso” del escritor. Como explica Gilman, esta discusión era problemática desde un principio porque “no involucraba un programa de acción concreto ni era fácilmente definible” (p. 144). En efecto, al cuestionarse la legitimidad del escritor en las sociedades latinoamericanas, se cuestionaba también la eficacia de la tarea intelectual. Asimismo, se ponía a discusión el papel del arte en relación con la transformación social; esto es, se preguntaba si la vanguardia política y revolucionaria debía estar acompañada por una vanguardia artística y, en tal caso, en qué debería consistir. Se discutió también sobre el papel regulador que ejerce el mercado. De esta manera, el escritor –es decir, el intelectual–, al convertirse en figura pública y política, atrae el juicio de la sociedad a su vida y lo aleja de su obra. Por ello, iba a ser cada vez más común condenar o aprobar la obra de un escritor con base en el “compromiso” mostrado por él públicamente.

Estas discusiones se desarrollan con diferentes niveles de intensidad a lo largo de la época, y también con diversas consecuencias en

la dinámica del campo intelectual latinoamericano. Ante la exigencia del compromiso, algunos escritores se identificaron como artistas que trabajaban en una sociedad que transitaba hacia un socialismo auténtico; por lo tanto, argumentaban que si su obra era imperfecta se debía a que aún no se alcanzaba la total transformación social. La puesta en duda de la función social del escritor, sin embargo, tenía implícita ya una respuesta negativa. Otros cuestionaban la capacidad del arte, en tanto que actividad de producción simbólica, para incidir verdaderamente en la realidad. Esto da pie, según la explicación de Gilman, a una gran cantidad de actitudes antiintelectualistas por parte de quienes, en esencia, desprecian la actividad cultural o intelectual y la consideran insuficiente o inútil. El antiintelectualismo se manifiesta en los juicios que expresan sobre sus pares latinoamericanos algunos intelectuales que se asumían como “comprometidos” e incluso como “revolucionarios” —es el caso de los cubanos como Roberto Fernández Retamar, o de algunos otros que habían vivido o vivían en Cuba, como Mario Benedetti. La radicalización del proceso político y revolucionario, a medida que avanzaba la década, hizo crecer la presión sobre los intelectuales. Las actitudes antiintelectualistas y la emergencia del mercado como regulador del canon literario dividieron pronto a los escritores en dos bandos. El llamado “caso Padilla” —el encarcelamiento del poeta cubano Heberto Padilla y su posterior autocritica pública— provocó que esta separación se hiciera evidente y a la postre resultara definitiva. Los intelectuales que defendían la legitimidad del estado cubano para sancionar de esa manera la tarea intelectual se opusieron a quienes pensaban su actividad como un ejercicio autónomo y crítico del poder.

Una vez más las revistas sirven de tribuna para los debates, encuestas, reportajes, desplegados, pronunciamientos y cartas. Entre las alternativas a esta división en el campo, Gilman analiza la asumida por Gabriel García Márquez, quien se “desmarcó” de la etiqueta de intelectual y así pudo quedar bien con unos y con otros. Julio Cortázar, por su parte, trató de enunciar sus posturas desde lo personal y no lo grupal; es decir, intentó responder por medio de la “literaturización” de su discurso. El sector comprometido con la revolución veía con malos ojos la intervención del mercado literario en la consagración de los novelistas. El escritor que comenzaba a vivir de sus ventas despertaba resquemores entre quienes se decían revolucionarios. Se desconfiaba, por ejemplo, de novelas que pusieran demasiado peso en la forma (el ejemplo más notorio era *Rayuela*, pero también era el caso de *Tres tristes tigres*). Gilman señala que esta condena al mercado y a los autores consagrados por él (los asociados frecuentemente al fenómeno del *boom*) se unió y se confundió con la crítica antiintelectualista; de igual forma se hizo evidente la inexistencia de un arte verdaderamente revolucionario, es decir de una literatura que cumpliera

simultáneamente con las altas expectativas del compromiso político y la altura estética.

Al exigir al arte la transformación de la realidad –la intervención efectiva en la política–, la crítica antiintelectualista llevaba la actividad literaria a un callejón sin salida; se comenzó a considerar que la verdadera literatura revolucionaria (la que sí cumplía una función paralela a la lucha armada) estaba constituida por los discursos del Che Guevara y Fidel Castro. La división desembocó en la confrontación entre dos revistas literarias: *Casa de las Américas*, de Cuba, y *Libre*, publicada en París y en la que se agruparon Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar, Gabriel García Márquez, Octavio Paz, Juan Goytisolo y varios nombres más. En esencia, las polémicas giraban en torno al tipo de intelectual que ambas publicaciones defendían. *Libre*, que encontró financiamiento en un mecenas, intentaba apuntalar la idea de un tipo de intelectual definido por su autonomía, por su postura crítica. Gilman dice que esta actitud se explica en razón de que quienes la sostenían poseían un prestigio acumulado y eran además autores consagrados por el mercado. Desde *Casa de las Américas* se aducía que esa defensa de la “libertad de crítica y creación” era una manifestación más de la desideologización, la falta de compromiso, el individualismo, el desarraigo y la vanidad de escritores que se habían europeizado. Como respuesta, los colaboradores de *Libre* intentaron separar la discusión política de la literaria (cuyo proceso de amalgama había ocurrido a todo lo largo del período), además de teorizar sobre la libertad en una sociedad idealmente socialista. La polémica se disolvió con el final abrupto de *Libre*, luego de la publicación de su cuarto número a comienzos de 1972; para la autora el debate fue el saldo de una disputa por el criterio que debería legitimar toda obra literaria.

Una consecuencia directa de estas discusiones es el descenso del prestigio –hacia finales del período estudiado (entre 1968 y 1973)– de la novela como género capaz de recrear la realidad, y la emergencia de otros géneros. En el último capítulo del libro, la autora demuestra cómo el testimonio, la poesía conversacional, el reportaje, el cine y la canción de protesta sustituyen a la narrativa como medio de expresión literaria de la realidad. Hacia finales de los años sesenta y comienzos de los setenta la crítica literaria vive un auge en América Latina, puesto que desarrolla una aspiración hacia la cientificidad, sobre todo por la difusión del estructuralismo. La autora analiza la compleja concepción que durante la década tuvieron las nociones de realismo y vanguardia, que frecuentemente trastocaron sus sentidos originales para referirse a la misma cosa: el surgimiento de la nueva narrativa latinoamericana. El realismo, por ejemplo, fue una categoría que hermanó ejercicios literarios tan distintos como *Pedro Páramo*, *La región más transparente* o *Rayuela*; se insistía en que tales obras explora-

ban “una zona más honda de la realidad”, al tiempo que superaban las trabas del folclorismo y el nacionalismo.

La autora logra responder a la cuestión de cómo la literatura latinoamericana se transforma y se desenvuelve en un contexto de alta politización, como lo fue el período que arranca a comienzos de los años sesenta y culmina a mediados de los años setenta. Sin embargo, el lector puede quedarse con la impresión de que fenómenos como la exigencia del compromiso en los artistas, el antiintelectualismo y, en general, las tensiones entre el entorno político-social y la cultura son exclusivos de América Latina durante aquel período. La investigación se podría haber beneficiado de alguna referencia a momentos de similar tensión, como ocurrió durante la Guerra Civil española, para dar cierta perspectiva histórica a algunas afirmaciones del ensayo. Pese a esto, la validez del estudio no sufre menoscabo alguno. La producción literaria de los años sesenta está marcada por acontecimientos históricos: la revolución cubana, en un extremo, y el golpe militar en Chile, en el otro. La autora acierta al analizar la literatura latinoamericana de entonces desde su vínculo estrecho con la política. Acierta también al elegir el elemento de análisis principal: la revista literaria. Uno de los aportes más sólidos de la autora es el uso eficaz de un gran número de publicaciones periódicas latinoamericanas de aquel momento; el estudio las aprovecha como documentos, y propone que, para su análisis, es improductivo e insuficiente examinarlas de manera aislada. Gilman subraya la necesidad de observar las revistas como parte de una red que les otorga nuevos significados, y esto posibilita llegar a conclusiones más amplias. Por la gran cantidad de material analizado, por el enfoque adoptado y por sus aportes metodológicos este libro se hace un referente indispensable para el estudio de la literatura latinoamericana de los años sesenta y setenta. Logra su propósito de estructurar la historia cultural de una época por medio de un acercamiento multidisciplinario.

IVÁN PÉREZ DANIEL
El Colegio de México

XAQUÍN NÚÑEZ SABARÍS, *La novela corta en Valle-Inclán. Estudio textual de “Femeninas”*. Universidad, Santiago de Compostela, 2005; 293 pp.

En 1895, Ramón María de Valle-Inclán reunió una colección de novelas cortas bajo el título *Femeninas. Seis historias amorosas*. Había viajado a México y en *El Universal* dejó un par de primeras versiones; otras más aparecieron en periódicos de Madrid y Pontevedra. La tesis doctoral de Núñez Sabarís está dedicada, precisamente, al estudio y edición